

ca duración; y Jesús no la alabó ni fué de su agrado; sino que aun la desaprobó como una imprudencia; y ya vemos cómo á Pedro le faltó el valor y emprendió la fuga como los demás. Así pues, mientras vieron á Jesús hacer milagros, llevar tras de sí las multitudes, atraerse los aplausos, permanecieron los apóstoles á su lado; mas cuando le vieron perseguido y encadenado, tuvieron miedo y le abandonaron cobardemente. Jesús tuvo en su compañía á todos sus apóstoles, en la mesa, mas no vió á ninguno en su prisión. Guardaos de portaros de esta manera con Dios, que os alimenta con su pan, sobre todo si teneis algún beneficio: no le abandonéis á merced de sus enemigos; antes bien, procurad impedir que se le ofenda: pues sería una indignidad si vos también, por respeto humano cooperáseis á sus ofensas.

*Respice quæsumus, Domine, super hanc animam meam, pro qua Dominus noster Jesus Christus non dubitavit manibus tradi nocentium, et Crucis subire tormentum. Qui tecum vivit, etc.*

LECTURA. Imit. III. 32, 41.

## XVII. MEDITACION

De los principales misterios de la Pasión.

NOVENO DIA.

ORACIÓN PREPARATORIA.

I. *Preludio.*—Representaos al Salvador cubierto de llagas, desde la cabeza hasta los pies, chorreando sangre, tal como lo presentó Pilato en su palacio para excitar la compasión del pueblo. Figuraos oír al Padre Eterno que os dirige estas palabras mostrándoos á Jesús: «He aquí el hombre, he aquí vuestro Rey.»<sup>1</sup> He aquí vuestro Jefe, el modelo que os ha-

<sup>1</sup> Ecce homo; ecce rex vester. Joann. XIX, 5.

beis propuesto imitar, he aquí vuestro rey que os habeis propuesto seguir.

II. *Preludio.*—Pedid á Jesús la gracia de compadecer sus dolores, de padecer con él para reinar con él. «Si morimos con él, viviremos también con él.»<sup>1</sup> «El Cristo ha padecido por nosotros, dejándoos un ejemplo, á fin de que sigais sus pisadas.»<sup>2</sup> Podeis también recurrir á María, Madre de dolores, pidiéndole la misma gracia con estas palabras: «Haz que en mi alma estén de fijo—Las llagas del Crucifijo,—Porque nunca las olvide: Las penas que en tí ha causado.—Ver á tu Hijo tan llagado— Por mí, conmigo divide.»<sup>3</sup> Estos textos podrán servir de oraciones jaculatorias para la mañana.

Meditareis en tres misterios de la Pasión del Salvador: 1º, en la flagelación; 2º, en la coronación de espinas; 3º, en la crucifixión.

## I

Considerad los crueles dolores que padeció Jesús cuando fué atado á una columna. Podreis comprender algo de la grandeza de estos dolores, si meditais detenidamente en el juez, los verdugos y la misma flagelación.

I.—El juez es Pilato: éste mandó que azotaran á Jesús aunque conocía su inocencia. Pilato cometió tres grandes ofensas para con Jesús, que vinieron á agravar los golpes de la flagelación.— 1) La primera fué poner en paralelo la inocencia de Jesucristo con la maldad de un Barrabás, ladrón, asesino y sedicioso; como si entre los dos nó hubiese mucha diferencia. Otra ofensa de Pilato para con Jesús, fué dejar al pueblo la libertad de designar el que se debía dejar libre; pues este paralelo fué también un estimulante para la cruel-

<sup>1</sup> Si sustinebimus, et eonregnabimus. II Tim. II, 12.

<sup>2</sup> Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus. I Pet. II 21.

<sup>3</sup> Sancta Mater istud agas, Crucifixi fige plagas cordi meo valide. Tui Nati vulnerati tam dignati pro me pati poenas mecum divide.

dad de los verdugos. Estos desgraciados se animaban á azotar á Jesús, persuadidos de que en el concepto de Pilato era Jesús tan culpable como Barrabás; y más culpable todavía que Barrabás en la opinión de todo el pueblo. Vos haceis á Dios la misma ofensa, cuando nó solamente le comparais, sino que dais la preferencia á una vil criatura; cuando le arrojaís de vuestra alma, para recibir en su lugar al demonio. Por esto se quejaba el Señor por boca del Profeta. «A quién me habeis asemejado? á quién me habeis igualado y comparado.»<sup>1</sup> De hoy en adelante preferid á Jesús á cualquiera otro bien, y reconoced el error que habeis cometido poniéndole en segundo lugar.—2) Otro agravio que Pilato hizo á Jesús, fué el condenarle á la flagelación, siendo así, que conocía su inocencia; y esta circunstancia constituye también un aumento de pena; pues es un consuelo para el ajusticiado, el saber que ha sido condenado legalmente y según los testimonios reconocidos como verídicos, «*juxta allegata et probata*,» pero saber que su inocencia es manifiesta á los ojos del juez, que los acusadores no han probado de ninguna manera en el tribunal su calumnia, y no obstante, ver triunfar la fuerza brutal, y ver al juez ceder por debilidad, ¡oh! cuánto aumentan estas circunstancias el dolor de un sentenciado! También haceis este agravio á Nuestro Señor, cuando, sabiendo muy bien que es soberanamente amable, cedéis, por falta de energía, al asalto de la tentación; cuando consentís, por agradar al demonio en ofender á Dios.—3) El tercer agravio que Pilato hizo á Jesús, fué el pretender debía el Señor recibir su condenación como una gracia, aceptar las llagas como un favor, y acoger las desgarraduras como un beneficio. Pilato decía que tenía poder para crucificarlo ó para libertarlo: «Yo tengo el poder para crucificarlo y el poder para perdonarte.»<sup>2</sup> Así es, que por compasión para con un desgraciado injustamente calumniado, se

<sup>1</sup> Cui assimilastis me et adæquastis, et comparastis me? Is. XLVI, 5

<sup>2</sup> Potestatem habes crucifigere te, et potestatem habeo dimittere te. Joann. XIX, 10.

contenta, en lugar de hacerlo morir, con someterlo á los azotes. ¿Cuánto pensais que por este título debió aumentar el dolor causado á Jesús por los golpes de las varas? A los ojos de Pilato, una conducta semejante constituía un título al agradecimiento; pero en realidad era más bien contra Pilato un motivo de venganza. ¿No haceis quizá este mismo agravio á Nuestro Señor, presentándole unas oraciones y unos sacrificios, manchados por las distracciones, manchados por los pecados que le ofenden, en el acto mismo en que pretendéis ofrecerle vuestros homenajes? Escuchad sus quejas: «Vosotros ofreéis sobre mi altar un pan manchado, y decís: en qué os he manchado?»<sup>1</sup> San Gerónimo comenta así este pasaje: «Hemos manchado el pan, es decir, el cuerpo de Jesucristo, cuando nos hemos acercado indignamente al altar, y estando manchados hemos bebido la sangre purísima.»<sup>2</sup> ¿Es este el honor que tributais al Señor, sobre todo, cuando os atreveis á subir al altar, en estado de pecado grave? Así manchais el purísimo cuerpo del Salvador, como se expresa la Santa Escritura: «Yo era deshonrado en medio de ellos.»<sup>3</sup> Con estos pecados llegais á hacerlos tan criminal como Pilato, puesto que os haceis culpable del cuerpo y de la sangre del Señor: «Será culpable del cuerpo y de la sangre del Señor.»<sup>4</sup>

2.—Los verdugos que ejecutaron la orden del juez impío fueron los instrumentos de la flagelación. Por ellos, y por otras diversas causas, se acrecentó el dolor ordinario de este suplicio.—1) El número de los verdugos era considerable: á Santa María Magdalena de París le fué revelado que este número ascendería á sesenta; se relevaban de dos en dos; los que estaban descansados venían á ocupar el lugar de aquellos que estaban fatigados de azotar.—2) También fué muy

<sup>1</sup> Offertis super altare meum panem pollutum; et dicitis, in quo polluimus te. II Malach. I, 7.

<sup>2</sup> Polluimus panem, id est corpus Christi, quando indigne accedimus ad altare, et sordidi mundum sanguinem bibimus.

<sup>3</sup> Coinquinabar in medio eorum. Ezech. XXII, 26.

<sup>4</sup> Reus erit corporis et sanguinis Domini. I Cor. XI, 27.

grande su crueldad. Eran vigorosos, y hacía mucho tiempo que estaban habituados á derramar la sangre humana; y esta ferocidad se exaltaba aun más por la intervención del demonio. Por otra parte, Pilato quería que por la flagelación quedase reducido Jesús á un estado capaz de conmover la dureza del pueblo inspirándole compasión. Añadid á esto las promesas de los Fariseos; pues temiendo éstos que Jesús fuese puesto en libertad después de la flagelación, inducían con halagadoras promesas á los verdugos, para que hiciesen morir á su víctima con la fuerza de los azotes.—3) ¿Qué diremos de las varas? su dureza era tal que doblaba el rigor del suplicio. Eran de diversas clases, varas nudosas, cuerdas en manojos, cadenas pesadas, pequeñas cuerdas anudadas, teniendo en la extremidad, ganchos, pedazos de hierro que arrancaban la piel, desgarraban la carne, dejando el cuerpo ensangrentado y hecho pedazos por todas partes.—4) Finalmente, el número de los golpes aumentaba también el sufrimiento; pues los verdugos no se sujetaron al límite legal de cuarenta azotes, sino que pasaron de mil. San Vicente Ferrer dice que fueron ochocientos veintiocho; San Bernardo cuenta hasta seis mil seiscientos sesenta y seis; habiendo descargado muchísimos sobre los huesos desnudos y despojados de la carne. Y nó habría parado aquí la rabia de los verdugos, si, según dice Santa Brígida en sus revelaciones, un soldado, llamado Porfirio, movido al fin á compasión, ante este espectáculo tan cruel, no hubiese cortado las cuerdas que ataban á Jesús á la columna, dejando caer al Salvador anegado en su propia sangre. Mas todavía entonces, dice San Agustín, que la vista del cuerpo de Jesús tendido por tierra, todo desgarrado, habría conmovido los corazones de tigres, la crueldad de los verdugos nó quedó aún satisfecha, é hicieron caer una nueva granizada de golpes sobre el divino ajusticiado. Si en presencia de este lamentable espectáculo, no os deshaceis en lágrimas, nó teneis fé, ó nó teneis piedad.

3.—Mas, ¿qué diremos de la extrema sensibilidad del cuer-

po de Jesús, sensibilidad que hacía que estos golpes fuesen tan dolorosos? Este divino cuerpo era la obra inmediata del Espíritu Santo, artífice eminente, que le había formado de la más pura sangre de la Virgen María, con el fin especial de prepararle para sufrir. Así es que, el artífice que lo ha formado, la materia de que se sirvió para formarle, y por último, el fin para el cual fué hecho así, prueban bastante la delicada sensibilidad de este cuerpo. San Buenaventura piensa que este sagrado cuerpo era más sensible al dolor en la planta de los pies, que lo que es el nuestro en la niña de los ojos: así vemos que un mosquito de los más pequeños, si penetra bajo nuestros párpados y llega á tocarnos en el ojo, inmediatamente el dolor, como se dice vulgarmente, nos hace ver las estrellas, y no podemos contener las lágrimas. Figuraos por esto, qué dolor ocasionarían unos golpes tan fuertes, descargados por brazos tan robustos, sobre unas carnes tan delicadas. ¡Qué digo! es tal la sensibilidad de este cuerpo, que en su comparación, nuestras pupilas podrían considerarse como insensibles. Representaos este sagrado cuerpo, no solamente estar cubierto de llagas, sino que de los pies á la cabeza no es más que una sola llaga. La sangre corre de todas partes, la columna está cubierta de sangre, el suelo está regado de sangre, los vestidos de los verdugos están ensangrentados, las paredes que rodean este lugar están enrojecidas con la sangre. Y este tormento lo merecáis vos por vuestros pecados. «Los pecadores son heridos de muchas llagas. <sup>1</sup> » ¿Y tendreis valor de añadir á todos estos dolores, otros nuevos, cometiendo nuevos pecados? Santa Catalina de Génova, en una visión vió á Jesús cubierto de llagas de los azotes, y no pudo dejar de exclamar: «¡Oh amor! ya nó más pecar de hoy en adelante!» Pues que esta sea la conclusión y el fruto de estas consideraciones. San Agustín enseña que quiso Dios sufrir el tormento de los azotes para satisfacer por aquellos pecados que son contrarios á la mortificación de los sentidos: reunid pues

1 Multa flagella peccatoris. Ps. XXXI, 10.

vuestras intemperancias en el vivir, en el sueño, en el juego; vuestra sensualidad, vuestra ociosidad, vuestra repugnancia al trabajo, al estudio; vuestro horror á las penitencias corporales, y á otras privaciones semejantes; y luego poned este manojo á los pies de Jesús azotado: suplicad al Salvador que os purifique por su sangre preciosa de todas estas manchas; y sobre todo, prometedle que no volveréis en lo de adelante á cometer semejantes faltas.

## II

Considerad cómo la corona de espinas fué para Jesús, á la vez un tormento y un deshonor: un tormento porque estaba hecha de espinas; y un deshonor porque era una corona.

I.—El suplicio de la coronación de espinas fué muy doloroso por tres razones: por su atrocidad, por su duración, y por su novedad.—2) Fué atroz porque la corona formaba un *camauro*<sup>1</sup> mas bien que una guirnalda de espinas; además eran éstas de juncos largos y agudos. Dice Santa Brígida en sus revelaciones, que esta especie de horrible casco quedó sumido profundamente en la cabeza del Salvador hasta la mitad de la frente. De estas espinas, observa San Lorenzo Justiniano, unas más duras traspasan el craneo, otras más blandas se rompen contra los huesos de la cabeza, y quedan hechas pedazos clavadas en las carnes; otras menos secas se doblan y salen por las sienas ó por los oídos haciendo doble llaga con una sola punta. No por esto se mueven á piedad los soldados: unos descargan fuertes bofetadas en las mejillas de Jesús; otros le arrancan su venerable barba, éstos le golpean en la cabeza con los palos; aquellos con las manos armadas con guantes de hierro le clavan más la corona en la cabeza. Si una sola espina en el pie ca-

<sup>1</sup> Especie de cosquete que baja de arriba hasta detrás de la cabeza cubriendo las orejas, como lo llevaba Clemente XIII, de donde le ha venido el nombre de *clementina*.

lloso de un leon salvaje, le hace exhalar gritos lastimeros y feroces rugidos, que resuenan en la selva, ¡qué dolor ocasionarian á Jesús más de setenta espinas clavadas, nó en el pié, sino en la cabeza, que es la parte más delicada del cuerpo, en donde ha colocado la naturaleza el centro del sentimiento, de donde van los nervios distribuyéndose en las partes inferiores del cuerpo, para comunicar á todos los miembros sus sensaciones propias! Ved pues en estas dolorosas espinas, los frutos que vuestra tierra ha dado al Agricultor celestial. »Ella producirá espinas y abrojos.<sup>1</sup> » Os gloriais de ser miembro de Jesucristo que es la cabeza de toda la Iglesia; y de hecho lo sois de una manera particular, siendo eclesiástico elevado por encima de la multitud de los fieles. Mas acordaos de esta sentencia de San Bernardo: «*Non decet sub capite spinoso membrum esse delicatum.*»—2) Y si al menos este tormento hubiese sido mitigado por lo breve de su duración; pero nó; los enemigos de Jesús no llegaron á pensar el quitarle esta corona, sino que tuvo que llevarla forzosamente no sólo en el palacio de Pilato y al atravesar las calles de Jerusalén, sino también en el camino del Calvario, y sobre la cruz, hasta su último suspiro; para que el dolor que le causaba fuese tan grande como prolongado. Sin embargo, la larga duración de este tormento no provocó la menor queja ni la menor impaciencia en el Salvador. He aquí una ocasión más de confundirnos, nosotros que nó sabemos sufrir ningunaa prueba por poco que se prolongue.—3) A la atrocidad y á la duración viene á juntarse la novedad de un suplicio al cual nadie había sido nunca sometido. Séneca decía que todas las miserias de esta vida consistían en las comparaciones.<sup>2</sup> Mas el pensamiento expresado por el profeta Jeremías, me parece más verdadero, cuando dice que las miserias llegan al colmo, cuando el desgraciado no encuentra ya ninguno con quien pueda compararse. De donde, previendo en figura, en la ruina de Jerusa-

<sup>1</sup> Tribulos et spinas germinabit. Gen. III, 18.

<sup>2</sup> Est miser nemo, nisi comparatus.

lén, los tormentos del futuro Mesías, exclamaba: «¿A quién te compararé, ó á quién te asemejaré, oh virgen hija de Sion? Tu dolor es grande como el mar. <sup>1</sup> Por otra parte, yo no encuentro ni un modelo del cual este dolor sea la copia, ni una copia de la cual este dolor sea el modelo. Si por acaso fueseis vos un pecador de un nuevo género, que para satisfacer sus apetitos desordenados busca otros modos de obrar sin precedentes, de las pompas desconocidas en un eclesiástico, de combinaciones refinadas para contentar el gusto, de artificios hasta entonces no practicados para apoderarse de los bienes ajenas, de nuevas perfidias para triunfar del pudor; admirad cuán en oposición estarán entre sí el amor de Jesús y vuestra malicia. Jesús encuentra un nuevo medio de padecer por vos, y vos encontrais un nuevo modo de ofenderle. Que cese pues para siempre esta emulación de tan detestable carácter, y que dé lugar á otra emulación muy hermosa; si no basta á Jesús padecer por vos tormentos conocidos, y su amor le lleva hasta buscar otros más extraños, no debe bastaros á vos el corresponder á los testimonios del amor de Jesús por una virtud ordinaria, sino que debeis aspirar á una santidad eminente.

2.—La corona de espinas no solamente fué una causa de tormento, sino que fué también delante de todo el pueblo una causa de deshonor; pues el sufrir un desprecio público es una especie de martirio secreto; y este martirio excita menos la compasión que el martirio sangriento, porque la pena se oculta en lo más íntimo del alma, pero causa un dolor más grande, porque la pena ataca al hombre en su parte más delicada. «No hay cosa más penosa que el soportar las burlas.» <sup>2</sup> El dolor de Jesús debía ser tanto más vivo, cuanto el desprecio venía á ser más grande; por otra parte, diversos motivos aumentaban la gravedad de este desprecio, quiero decir, la dignidad del que es despreciado, la bajeza del que

<sup>1</sup> Cui comparabo te? vel cui assimilabo te. filia Jerusalem? cui exæquabo te et consolabor te, virgo, filia Sion: Magna est enim velut mare contritio tua. Thren. II, 13.

<sup>2</sup> Nullus major labor, quam ferre irrisiones.

desprecia, y en fin, la clase del desprecio.—1) Considerado en su dignidad personal, aquél á quien se desprecia, es el Hijo del Padre Eterno, consubstancial á él en su naturaleza divina: en cuanto hombre, es cierto que es pobre, pero desciende de la familia real de David, y sus antepasados unieron al esplendor de las coronas la santidad del poder sacerdotal. Sus más próximos parientes, Zacarías y Juan, ¿no ocupaban hacía poco los primeros puestos en el orden sacerdotal? Además, era conocido de aquellos mismos que hacían de él, el objeto de sus burlas, como un taumaturgo, seguido por los discípulos, aclamado por las multitudes, y exaltado todavía unos días antes, en su entrada á la ciudad, por los *hosana* de triunfo y por los *vivas* de alegría de todo Jerusalén.—2) Los que se burlaban de él eran la hez de la soldadesca romana, aduladores de un rey adúltero y homicida, instrumentos ciegos de las injusticias de un presidente político, viles soldados que pensaban por medio de los ultrajes con que perseguían á Jesús ganarse un título al agradecimiento de los fariseos y merecer de ellos una fuerte recompensa.—3) Las burlas son propias de corazones viles y bárbaros: Así es que todo lo que sirve para realzar la majestad de un príncipe, se sirven estos miserables de ello para abatir á Jesús: le hacen sentar, desnudo, en un gran escabel como si estuviera en un trono, y le presentan las insignias reales: le revisten de un manto de escarlata para testificar la pobreza de su reino: se le corona con una diadema de verdaderas espinas para hacer ver la nulidad de su poder; se le pone en la mano un cetro de fragil caña para indicar lo vano de su autoridad. Terminada la coronación, la turba insolente se adelanta en dos filas, y viene á postrarse delante de Jesús para darle una señal ridícula de vasallaje. «Y doblando la rodilla delante de él, se burlaban. <sup>1</sup> » A veces se dicen *vivas* que son amargos insultos. «Salve, rey de los Judíos. <sup>2</sup> » Y á por-

<sup>1</sup> Genu flexo ante eum illudebant ei. Matth. XXVII, 29.

<sup>2</sup> Ave rex Judæorum. Ibid.

fia, unos le escupen en el rostro, otros le dan bofetadas.<sup>1</sup> Y entre tanto, Jesús soporta estos ultrajes y se calla. Sin embargo, os habla, no con la voz, sino con su ejemplo; y os dice: «Yo os preparo un reino, como mi padre me lo ha preparado.<sup>2</sup>» El Padre ha querido que Jesús conquistase la corona de gloria por la corona de espinas; y pide de vos la misma cosa: ¿os atreveríais á quejaros? Desclavad pues de la cabeza del Cristo esta dolorosa corona entrelazada de dolores y de desprecios; luego ponedla sobre vuestra cabeza diciendo: «*Adveniat regnum tuum.*»

### III

Considerad en la crucifixión los sufrimientos del cuerpo y los dolores del alma de Jesús.

I.—Habiendo llegado Jesús al calvario, se vió acometido por los verdugos, que le arrancaron sus vestidos que ya estaban pegados á las llagas de su cuerpo: renovando así todos los dolores de la flagelación. Hacen una señal, y Jesús se extiende sobre el duro madero de la cruz, presenta á los clavos sus manos y sus pies, se ofrece en sacrificio por nuestra salvación, y suplica á su Padre que descargue sobre él todos los castigos debidos á nuestras culpas. Entonces, como la corona de espinas se había sañado al quitarle los vestidos, se la vuelven á meter con fuerza en la cabeza, renovando así los dolores de la coronación: luego le tiran los verdugos de las manos y de los pies, para hacerlos llegar á los agujeros de la cruz; y armándose de martillos, los fijan al madero con gruesos clavos que atraviesan y desgarran las carnes, los nervios, las venas, las arterias, causándole un dolor intensísimo. Después de haber clavado al Salvador, sobre este grueso madero, levantan la cruz, la enderezan junto al ho-

<sup>1</sup> *Conspuebant eum et dabant ei alapas. Marc. XV. 19: Joann. XIX. 3.*

<sup>2</sup> *Ego dispono vobis, sicut disposuit mihi Pater meus regnum. Luc. XXII, 29.*

yo cavado para recibirla, y la dejan caer con todo su peso; todos los miembros heridos y desgarrados del Salvador son sacudidos con nuevos y más vivos dolores. Levantado así en el aire, no puede ya Jesús sostenerse, y carga todo el peso de su cuerpo sobre las manos y sobre los pies que los clavos atraviesan y desgarran tan cruelmente. De la cabeza á los pies corre su preciosa sangre; de la cabeza, por las espinas de la corona; de las manos y de los pies por las heridas de los clavos; y todo el cuerpo por las llagas renovadas, de la flagelación. Si vierais á un criminal, maltratado de esta manera, no dejaría de excitar vuestra compasión: y nó os conmovierais viendo á vuestro Dios, sufriendo á tal grado por amor vuestro! ¡Malditos sean vuestros pecados que han sido causa de tan horrendo deicidio! Dadle gracias á Jesús por el amor de que os ha dado testimonio sobre la cruz: besad los pies y las manos de vuestro crucifijo; y figuraos que estais en el calvario y que os lavais en la sangre de Jesús. Santa Rosalía, mirándose por vanidad en un espejo, en lugar de ver su semblante, le apareció la cabeza ensangrentada del Salvador crucificado; á esta vista, se convirtió y se entregó á una rigurosísima penitencia. Ofreceos también vos, á sufrir alguna cosa por amar á Jesús; y principalmente ofreceos para conquistarle las almas que ha rescatado: pues esta ofrenda está en el espíritu de vuestra vocación eclesiástica.

2.—Los dolores interiores de Jesús fueron más grandes todavía que los sufrimientos que padeció en su cuerpo. Su alma fue anegada en un océano de amargura, cuando vió al derredor de la cruz, á los verdugos; al pié de la cruz á su Madre; arriba de la cruz á su Eterno Padre.—1) Los verdugos echaron suerte sobre sus vestidos; no tienen ni el menor sentimiento de sus sufrimientos; antes aumentan sus dolores dándole hiel por bebida; burlándose con insultos amargos, que le arrojan al pasar por enfrente, en compañía de los Judíos. «¡Val tú que destruyes el templo de Dios, si eres Hijo de Dios, desciende de la Cruz. Ha salvado á otros, y

nó puede salvarse á sí mismo. <sup>1</sup> » A lo amargo de estas bur-  
las, viene á juntarse para Jesús la vergüenza de verse cruci-  
ficado entre dos ladrones. « Todos los que me han visto se  
han burlado de mí. <sup>2</sup> »—2) Su Santa Madre, llena de dolor  
y anegada en llanto, contribuye también á acrecentar sus  
angustias. ¡Qué tristeza oprimiría los corazones de la Ma-  
dre y del Hijo, cuando se miraron en su aflicción, cuando se  
separaron, cuando se dijeron el último adiós!—3) Porsu par-  
te, el Padre Eterno abandona á Jesús á merced de sus ene-  
migos, le niega en su agonía todos los consuelos con que  
siempre acostumbra aligerar los padecimientos de los már-  
tires; y lo deja que beba sin ningún lenitivo, hasta las heces,  
el cáliz de la Pasión. Aprended de Jesús crucificado, á per-  
severar en la práctica de todas las virtudes, aun cuando os  
veais privado de las dulzuras espirituales. Desde lo alto de  
la cruz, como de una cátedra elevada, os predica todas las  
virtudes. Os enseña la obediencia con su cabeza inclinada,  
la penitencia, por sus ojos llenos de lágrimas, el desprecio de  
las grandezas, por su frente coronada de espinas, la pacien-  
cia por su boca que no se queja ni responde á los insultos,  
la sobriedad por su lengua sedienta, el amor del prójimo por  
sus brazos extendidos, el amor de Dios por su corazón tras-  
pasado, la pobreza por su cuerpo desnudo, la mortificación  
por sus miembros cubiertos de llagas, la perseverancia es-  
tando clavado en la cruz, el horror del pecado por el espec-  
táculo de su muerte. Pedidle que imprima profundamente  
en vuestra alma, estas enseñanzas que tan caro le han cos-  
tado: y dadle gracias por todo lo que ha padecido por vos.  
Decidle con aquel sentimiento de amor que animaba al  
Apóstol: «¿Quién nos separará de la caridad de Jesucristo,  
quién. <sup>3</sup> »

*Respice, qucesumus Domine, super hanc animam meam*

<sup>1</sup> Vah! qui destruis templum Dei: si Filius Dei es descende de  
cruce: salva teipsum. Alios salvos fecit, seipsum non potest sal-  
vum facere. Matth. XXVII, 40, 42.

<sup>2</sup> Omnes videntes me, deriserunt me. Ps. XXI, 8.

<sup>3</sup> Quis nos separabit a caritate Christi, quis? Rom. VIII, 35.

*pro qua Dominus noster Jesus Christus non dubitavit ma-  
nibus tradi nocentium, et crucis subire tormentum. Qui te-  
cum vivit et regnat, etc.*

LECTURA. Imit. II, 9, 11, 12; III, 19, 56; IV. 8.

## XVIII. MEDITACION

Jesucristo glorioso después de la resurrección.

NOVENO DÍA.

Después de haber hecho desaparecer de vuestra alma los  
obstáculos, que son los pecados; después de haber introdu-  
cido las buenas disposiciones, gracias á la imitación de las  
virtudes practicadas por Jesús, os resta que inflameis vues-  
tro corazón con el fuego de la caridad. La caridad es el tér-  
mino de la vida unitiva, y el fin á donde se dirigen vuestros  
Ejercicios espirituales. Las meditaciones siguientes con las  
cuales terminareis vuestro retiro servirán á este fin.

### ORACIÓN PREPARATORIA

I.—*Preludio*.—Mirad á Jesucristo triunfante de la muer-  
te, salir glorioso del sepulcro, conversar familiarmente con  
sus apóstoles, y después subir al monte Olivete y en su pre-  
sencia elevarse al cielo, en donde va á sentarse en la gloria,  
á la diestra del Padre.

II.—*Preludio*.—Pedid al Señor la gracia, de aprender de  
su Majestad el camino que lleva á la patria celestial: allí os  
espera, y os prepara una eterna corona. Por la mañana po-  
deis serviros de las siguientes jaculatorias: «Yo sé que mi  
Redentor está vivo, y en el último día resucitará y verá á  
mi Dios en mi carne. <sup>1</sup> » «Él se ha humillado á sí mismo

<sup>1</sup> Scio quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra  
surrecturus sum, et in carne mea videbo Deum meum. Job. XIX.  
25, 26.